Porfirio Díaz asalta y toma a Puebla el 2 de abril, abre así el Valle de México a la avalancha republicana; va sobre México, pero distrae tiempo y tropas para evitar que Márquez auxilie a Querétaro, y unido a los Lanceros de Occidente, que manda Guadarrama, bate a aquél y lo hace encerrarse en la capital.

Querétaro resiste sesenta días; en varias batallas parciales hay éxitos de sitiados y sitiadores; pero es indefectible la caída del Imperio en sus dos plazas cercadas; es el país el sitiador. «Miramón escribe páginas de honor para su equivocada vida, pues pudiendo escaparse no lo hace y busca caer con su Emperador y morir a su lado.

Se ha discutido sobre si Querétaro en el último momento cayó por asalto, por orden de Maximiliano o por traición de un jefe secundario; es un detalle para la Historia que no merma nada para la causa ni puede deshonrar más que al inculpado; el desastre era inevitable, haya sido la caída por entrega de Maximiliano, por traición de López o por el asalto parcial de un puesto.

A poco caía la plaza de México. El triunfo militar estaba consumado; pero la lucha de Juárez entraba acaso en el más difícil capítulo de su responsabilidad personalísima.

XIV

SABER USAR DE LA VICTORIA

Si difícil es vencer, más difícil es a las veces saber usar de la victoria. Al gran republicanismo mexicano que salvó a la patria y a su benemérito jefe, no han podido negárseles ni su devoción, ni su fe, ni su valor, ni su capacidad; por eso se les ha acusado principalmente de haber exagerado la aceptación del apoyo norteamericano frente al peligro europeo y de haber sido crueles a la hora del triunfo. Del primer cargo ya nos hemos ocupado, vamos a ocuparnos del segundo, que, en su principal manifestación, implica directamente a Juárez y sus facultades constitucionales de indultar.

Había leyes vigentes, que en aras de la defensa nacional establecían el castigo máximo contra los invasores extranjeros y sus auxiliares, su aplicación hubiera permitido en horas las ejecuciones de los jefes vencidos y, sobre todo, la del extranjero cabeza de la aventura.

Lejos de ello, se abre un juicio con todas

sus ritualidades, ante el Consejo de Guerra, y sólo para Maximiliano y sus generales Miramón y Mejía, se pide la pena de muerte; al primero lo defiende con la mayor lealtad el jefe liberal don Mariano Riva Palacio, literato estimado en España, donde murió representando a México. Son condenados, y se mueven toda clase de influencias para salvar a Maximiliano. La leyenda cuenta que la Princesa de Salm-Salm, arrodillada ante el señor Juárez, estuvo a punto de lograr el perdón, y que Lerdo de Tejada, que asistía oculto a la entrevista, dijo a aquél: «Ahora o nunca, señor Presidente», lo que le hizo mantenerse firme; leyenda nada más: ni Juárez era hombre que requiriera inspiraciones en actos de justicia y de energía, ni su sabio Ministro demostró nunca superarlo en ella, que bastante le faltó cuando lo sucedió en la Presidencia.

Maximiliano era la encarnación de la aventura imperialista, por ambición se había prestado a ella entregando el prestigio secular de su sangre cesárea para tratar de deslumbrar a un pueblo niño, que apenas daba los primeros pasos en su constitución política; aceptó que mexicanos errados o vengativos trajeran bayonetas extranjeras para imponerlo a un pueblo sobre sangre de mexicanos y ruina de su suelo, desoló al país en una lucha terrible de cinco años, aplicó una ley inicua declarando y ejecutando como bandidos a todos los mexicanos que se defendían contra la Intervención,

con lo que llenó de luto muchos hogares nacionales. Maximiliano era bandera en sí o en sus descendientes, para que cualquier mercenario audaz la levantara y emprendiera la aventura otra vez o para que nuevos descarriados mexicanos sintieran la triste tentación ya intentada.

El cadalso de Querétaro fué lógico y preciso, inevitable cuanto triste, como lo son todos los sacrificios humanos. Maximiliano murió dignamente, cediendo el lugar de honor a quien lo merecía, a su gran general Miramón, tan leal que no quiso romper para sí solo el cerco de Querétaro, cuando pudo alguna vez hacerlo; que no aceptó auxilios que lo hubieran salvado sólo a él por gratitudes de compañerismo con jefes liberales, y que era un gallardo tipo del soldado profesional, si bien equivocado y nocivo para su patria; el indio Mejía, callado y fiel, murió también como había vivido, solidario con su Emperador. Cuando el príncipe puso en el centro a Miramón, diciéndole : «Este es el lugar de los valientes», rindió un homenaje a todos los desventurados mexicanos que por miles habían muerto defendiendo su ambición descabellada.

Víctor Hugo, Castelar, Garibaldi y otras voces de pares de Juárez en los simbolismos humanos de grandeza, lo invitan al perdón; muchas entidades europeas lo amenazan; Juárez no cede. «México expuso todo su ser por la agresión que encabezó Maximiliano. ¿ No va a exponerlo por ejercer su Justicia?», decía a un familiar suyo que

era conducto de una de tantas sugestiones del peligro en que iba a incurrirse debido

a posibles represalias europeas.

Fuera de los tres ejecutados en Querétaro, apenas hubo ejecuciones; notoria fué la de Vidaurri, el jefe fronterizo, que cometió una de las más señaladas traiciones; pero a pesar de lo enorme del delito, fueron contados los castigos personales o de confiscación de bienes, y al poco tiempo se reintegraron hasta a sus ejercicios profesionales y a la paz de sus hogares, conocidos

imperialistas.

Juárez no intervino nunca directamente en una acción militar ; jamás en una persecución personal; su plano era mucho más elevado, su energía implacable no era crueldad, era firmeza, era mística cívica y nacional, patriotismo integral. La vida propia, la riqueza, la tranquilidad, los factores materiales de engrandecimiento de la misma nación, todo era para él insignificante frente a la consumación de un principio orgánico nacional, como la Constitución, la Reforma o la Independencia; del mismo modo la vida de un gran culpable, que era todo el símbolo del mayor delito internacional cometido contra la patria, porque no era tan siquiera una guerra franca, sino que se decía un auxilio al país, era para él algo absolutamente indigno de ser tenido en cuenta, era indispensable fijar el derecho de la nación y el castigo de quien lo había desconocido. Juárez hubiera tenido al alcance de la justicia nacional al Mariscal Bazaine o al mismo Napoleón, y no habría dudado un momento en someterlos a ella y en cumplir su fallo, aun cuando hubiera contado con la certeza de la agresión de tan gran nación como Francia.

Juárez, por lo demás, sabía cuál era su responsabilidad y fué cruelmente agredido; por eso lanzó su «Manifiesto justificativo de los castigos nacionales de Querétaro», diciendo: «Caiga el pueblo mexicano de rodillas ante Dios, que se ha dignado coronar nuestras armas con el triunfo... Maximiliano de Hapsburgo, sólo por geografía, conocía nuestra patria. A este extranjero ni bienes ni males le debíamos. Cuando la Polonia se rebela, se acata y se venera la justicia nacional de Rusia con todos sus horrores; y se niega a México la de castigar a los encargados de maniatarlo y degollarlo, toda la Europa se pone de rodillas ante el César, aunque viole los más sagrados fueros de los hombres; pero el primer Magistrado de una República de América, si castiga a un Príncipe extranjero por atentar contra la vida nacional de todo un pueblo, a quien degüella, debe ser tenido como excomulgado y vitando, allá en Europa, por la gobernante parentela real o imperial del delincuente... Llegó el momento de poner de manifiesto que la justicia social que México ha ejercido despecto de los reos de Querétaro, no es la de aquellas que tienen dos medidas, una sola es la aplicación; la que Dios ha señalado a los poderes constituídos de México... ¡ Compatriotas! La defensa de

vuestro primer Magistrado es la de México; y la de México es la del Mundo de Wáshington, Hidalgo, Arteaga, Bolívar, San Martín y los mil héroes que dieron patria e independencia a los americanos.»

Nunca Juárez habló con esa vehemencia, en la que devuelve los ultrajes que recibía y con un americanismo dolorido se levanta frente a Europa e invita a América a solidarizarse en su defensa, porque es la de una justicia imprescindible para que se fije su independencia definitiva, para que se cumpla respecto a toda ella, la magnífica frase de Prim «no es México un país de conquista, allí hay un pueblo».

Por eso Juárez y el partido liberal y los republicanos y la masa nacional, que los aprobó, usaron bien de la victoria y el cadalso de Querétaro, triste como todos ellos, fué absolutamente necesario (1).

sino inflexible, como a pesar de su bondad se vió obligado a serlo Maximiliano con las víctimas de su Decreto de 3 de octubre de 1865.»

Historiadores competentes y elevados han equiparado la ley de la República de 25 de mayo de 1862 con el decreto de Maximiliano de 3 de octubre de 1865; ambas, crueles armas de guerra, indudablemente; pero que un país dicte contra invasores e infidentes una ley draconiana, es en todos los terrenos más fundado y menos censurable en el de la moral pura, que el que un invasor que usa ejército extranjero, nacionales y aliados a él, trate como bandoleros o filibusteros a los nacionales que se defienden contra la usurpación.

Emilio Ollivier, en su citada obra, dice: «Juárez no tardó en pronunciarse sobre la suerte de los prisioneros. El Ministro de la Guerra prescribió a Escobedo llevar a Maximiliano, Miramón y Mejía ante un Consejo de Guerra, su carta-aparte alguna dureza de estilo-, expresa la absoluta verdad sobre la empresa mexicana: «El Archiduque se ha prestado durante cinco años a una obra de iniquidad y de traición. El ha pretendido con la ayuda de un ejército extranjero destruir la Constitución y las leyes de un pueblo libre, sin otro título que algunos votos sin valor; ha hecho pesar sobre la República todas las calamidades. No contento con hacer una guerra de filibustero, ha llamado a mercenarios austríacos y belgas, súbditos de naciones que no estaban con nosotros en guerra; ha promulgado un decreto asesino contra los defensores de la independencia; ha hecho proceder a ejecuciones sangrientas, ordenando el saqueo e incendio de poblaciones enteras. Después de la marcha del ejército extranjero, ha continuado por la violencia y la de-

⁽¹⁾ Dice don Justo Sierra (obra citada): «Juzgado conforme a una ley anterior aun a su misma aceptación de la Corona, debía Maximiliano legalmente morir. Juárez negó el indulto, hizo bien y fué justo. Es teriblemente triste decir esto cuando se trata de un hombre que se creyó llamado a regenerar a México y de los valientes que lo acompañaron al calvario. La paz futura de México, su absoluta independencia de la tutela diplomática, su entrada en la plena mayoría de edad internacional, la imposibilidad de atenuar el rigor de la ley, sino se descabezaba para siempre el partido infidente, obligaron a Juárez a ser, no inhumano,

JUÁREZ

vastación su falso título, del que no se ha despojado sino violentado por la derrota. El Gobierno de la República podría, en virtud de la ley de 25 de enero de 1862, ordenar los fusilamientos por la simple identificación de los culpables detenidos en flagrante delito. Sin embargo, él los manda ante un Consejo de Guerra, donde podrán libre y públicamente presentar sus justificaciones».

Hablando de la actitud de Juárez y su gobierno respecto a la gracia de indulto bajo la palabra de Maximiliano de no volver a intervenir en México, dice: «Ellos estaban convencidos de que el indulto prolongaría la guerra civil, no obstante la palabra de honor, Maximiliano no resistiría a las excitaciones renovadas de su partido y recomenzaría una intervención fatal. Otra vez se había indultado a Iturbide; pero había vuelto y había sido preciso fusilarlo. No sería el archiduque más discreto, hablaría, escribiría, sería el foco y centro permanente de intrigas; la clemencia no se imputaría a generosidad, sino a debilidad; era contrario a la justicia enviar a la paz de Miramar a quien sin derecho había ensangrentado el país durante tantos años. Aun queriéndolo el gobierno, no había medio material de salvar a Maximiliano; si se hubiere intentado, el grito de traición hubiera estallado en todas partes y el gobierno hubiera sido derrocado y sustituído por personajes más violentos... Porfirio Díaz, el jefe más moderado, escribía a Juárez: «Si se indulta al Emperador, yo no seré dueño de mi ejército». Forest decía a Dano: «En todos los campamentos los oficiales piden imperiosamente la cabeza de Maximiliano y de todos los adheridos al Imperio, grandes o pequeños». Y el gran escritor y político francés, amante como el que más de su patria y colaborador de Napoleón III, concluye honradamente: «En el estado de tensión al que esta atroz guerra civil había llevado los ánimos, fusilar o ser fusilado era un accidente natural de la existencia que no producía ningún horror. De aquí que hombres de un carácter humano, superiores al odio y a la cólera, se creyeron obligados a resistir a la piedad y se mostraron ferozmente inflexibles».

Maximiliano murió como correspondía a su abolengo y a su educación, y ya para ir al patíbulo telegrafió a Juárez: «Yo desearía que se concediera la vida a Miguel Miramón y a don Tomás Mejfa, que ya han sufrido anteayer todos los dolores y amarguras de la muerte y que sea yo la única víctima, como lo he pedido desde el momento de ser hecho prisionero».

Cuenta el mismo autor de cómo el General Mejía, que había salvado una vez al General Escobedo, recibió de éste insinuaciones sobre su posible salvación. «Mejía contestó que no aceptaba si no se salvaban junto con él Maximiliano y Miramón.» «Esto es imposible», contestó Escobedo. «Entonces, dijo el General indígena, que se me fusile con el Emperador.»

Este y otros detalles de los que hacen decorosa siempre la muerte de los que mueren por ideas, sean las que fueren, llenarían muchas páginas: Miramón y sus tenientes murieron en un país en donde todos han sabido morir por buenas o por malas causas, y respondieron al ambiente y a la grandeza de aquella tragedia al pagar con su vida la necesaria ejemplaridad que significó su castigo, guardando el decoro que les correspondía.

El mismo autor; que para dar mejor autoridad

a estas observaciones venimos citando, acaba la parte relativa de su comentario diciendo:

«El orden republicano estaba restablecido y de la aventura imperialista no quedaba sino una desgraciada princesa hundida en las sombras de la demencia y un pobre cuerpo acribillado de balas, devuelto a la patria de donde partió lleno de juventud. Jamás el atentado contra el derecho de las nacionalidades ha sido tan viva y terriblemente castigado.»

XV

TRAS DE LA TEMPESTAD

México, teóricamente constituído, reformado, limpio de ser presa de aventuras y de conquistas europeas, ya que no temido sí estimado por todo el mundo como capaz de defenderse, encarnó a todas luces la representación de toda América, especialmente de su hermana étnica y por eso el Congreso de Colombia pudo con justo título declarar «Benemérito de las Américas» a Juárez, al considerar que México, con él a la cabeza, había dado un sentido realista al genio de Bolívar, que ya había dibujado con sus gestas y con su idealismo encendido una alma propia para nuestra familia de pueblos.

Llegó la hora de descansar el arma, Juárez tenía que dejar de ser el hombre de la intensa superación, era tiempo de administrar, de reparar, de cuidar a la patria llena de llagas, colmada de problemas, entorpecida por sedimentos, lógicos después de tres grandes luchas sucesivas, por constituirse, reformarse y libertarse del invasor

y de la usurpación. El caudillaje ha renacido con los milites vencedores, la costumbre de la guerra ha creado espíritus inquietos poco propicios para la vida pacífica y sometida, el nuevo ejército alcanza proporciones que no puede soportar la economía nacional y que son inquietantes para su tranquilidad cívica. Juárez, por otra parte, era el dictador del «Golpe de Estado» y su primer deber era convocar a elecciones.

Se presenta al Congreso restablecido y le dice: «El 31 de mayo de 1863, felicité en este lugar a los elegidos del pueblo, por la decisión con que combatían los buenos hijos de la República, inspirando la segura confianza del triunfo contra una poderosa invasión extranjera. Reunida ahora de nuevo la Representación nacional, puedo felicitaros con mayor motivo por el triunfo completo de la República».

Para Juárez, lo que anunciaba el año 63, era matemático que acaeciera y recogía su profecía a través de cuatro años pasados, de heroísmo, de sacrificio y de esfuerzo, en el que el suyo estuvo a la vanguardia en ia intensidad.

Por otra parte, resultaba inevitable que vivo y válido, Juárez fuera el Presidente de México restablecido, por la misma razón por la que Massaryk es el Presidente vitalicio de Checoeslovaquia y Pilsudski ha sido el efectivo de Polonia. México antes de la Reforma y de la Intervención, no tenía una integración consistente, era propiamente una nebulosa con algunos núcleos de cau-

dillaje o cacicazgos locales, que se solían despedazar al moverse y chocar entre si, perdiéndose así unas veces una parte del territorio ante una invasión yanqui, otras la efectiva soberanía nacional ante resistencias regionales; fué precisa la doble prueba de una lucha entre el pasado y el porvenir, basada en principios, y la más cruel por la segunda independencia, para que se lograra la unidad nacional, ya que del dolor sale el bien : ex tenebris lux. Ahora bien el rector máximo de esa incorporación nacional era Juárez, no podía otro hombre gobernar aquella hechura de una voluntad heroica, servida por tantas capacidades que lo rodearon y aconsejaron, era inhumano negarlo en aquel momento.

Cuando Juárez entró en la capital el 15 de julio de 1867, el corazón de la República estalló de entusiasmo y nadie ponía en duda que Juárez y sus hombres debían gobernar a la patria por ellos salvada, la prensa de aquellos días da un reflejo del entusiasmo nacional. Decía «El Globo»: «Salve con toda el alma al fiel depositario de nuestra independencia y de nuestras libertades. ¡Salve al hombre de la ley! ¡Salve a los constantes compañeros de su gloriosa peregrinación !», y el «Monitor Republicano»: «¡ Bienvenido seáis, Benito Juárez! Entráis a la capital, no como un conquistador a recibir homenajes de humildad y servilismo, sino como el representante de la Patria, como el abanderado glorioso de la República y de la libertad».

IUÁREZ

Se esperaba con ansia la convocatoria y entre tanto se perfiló cierta mala voluntad hacia el preclaro General Porfirio Díaz de parte del Gobierno, cuando la popularidad de este jefe era enorme, no sólo por sus hazañas como soldado, sino por su honradez y pulcritud administrativa. También lastimó a la opinión la sincera proposición de Juárez, en forma plebiscitaria, de establecer una segunda cámara y dar veto suspensivo al Ejecutivo, pues él, como en su día Comonfort, sentía la debilidad absoluta del poder ejecutivo en manos de una Cámara única. La oposición empieza con abanderados como el Íuminoso orador Zamacona, y cuaja en la candidatura del General Porfirio Díaz, llamado «El Bayardo mexicano», a la que ayudan muchos errores que el público asignaba más que a Juárez a los consejos de don Sebastián Lerdo de Tejada, al que llamaban «el cerebro de Juárez».

Triunfa Juárez para la Presidencia por enorme mayoría de electores, y en cuanto a la Vicepresidencia, es designado Lerdo

de Tejada.

Sin embargo, ya quedaron en pie inquietudes que iban a estallar pronto; cuentan que por aquellos días, Juárez, que conocía desde niño al General Díaz, pues ambos eran de Oaxaca, lo llamó y le dijo: «No seas impaciente, tú serás Presidente; pero

espera...)) Pasa el período presidencial de cuatro años, ya teniendo Juárez frente a sí diversos levantamientos y debiendo usar de suspensiones de garantías, todo lo cual recrudeció la oposición, perdiendo el Presidente colaboraciones tan preciadas como la de Vallarta, el gran jurisconsulto y hombre integérrimo, que había de ser de los maestros de Porfirio Díaz. Planteó el Gobierno la construcción del ferrocarril de México a Veracruz, que se construiría en pocos años, reformó la enseñanza, reglamentó el Juicio de Amparo en ley obra del inmaculado Mariscal. Lerdo trabajaba ya ostensiblemente por preparar la sucesión de Juárez para sí, y éste no siempre correspondía en lo administrativo a la firmeza de voluntad que tuvo en las ocasiones heroicas.

Se recrudecieron las sublevaciones militares al comenzar el año de 1870. Un escritor, al juzgar de la situación personal de Juárez en esta época, dice con ponderación justiciera (don Ricardo García Granados. Historia de México): «Los historiadores o escritores cuya admiración por Juárez los induce a ocultar sus errores..., han asegurado que la causa casi exclusiva de los constantes trastornos y revoluciones que se produjeron durante los cinco años que se sucedieron a la caída del imperio, fué el licenciamiento de una gran parte del Ejército, que se hacía necesaria por la falta de recursos y la ambición de jefes y oficiales... No hay lugar a duda que esos jefes descontentos v esos soldados despedidos, eran un elemento perturbador; pero esa no fué la causa principal de la revolución como lo habían de demostrar acontecimientos posteriores. Las causas fundamentales, que aun subsisten en nuestros días, son la falta de homogeneidad de nuestra población, tanto desde el punto de vista étnico, como del intelectual y social, a la cual se agrega el completo desconocimiento de estas condiciones que caracterizan a nuestra legislación...»

Era difícil que Juárez y los suyos, por grandes que hayan sido en la era heroica, dejaran de ser arrebatados por vicios intrínsecos y de larguísima si posible curación. Por otra parte, el gran consejero de Juárez, señor Lerdo de Tejada, no tuvo toda la rectitud política debida hacia su jefe, pues a pesar de conservar la cartera de Relaciones Exteriores, hacía franca política propia.

Y así pasa Juárez su período presidencial que acaba en diciembre de 1871, durante el cual sufre la muerte de su Margarita, aquella ejemplar esposa, que fué su único amor y el primer triunfo en la ascensión social del humilde indito.

La oposición se recrudeció al acercarse la elección, y Juárez ya no pudo siquiera 'ograr su legítima ambición de llevar a la Constitución misma la obra de la Reforma; el «Porfirismo» crecía por instantes y las sesiones del Congreso eran tormentosas; se sucedieron sublevaciones, algunas reprimidas cruelmente por la mano implacable del centinela armado de Juárez, el General Sostenes Rocha, y por fin, los electores dan su fallo obteniendo Juárez 5.877 votos; Díaz, 3.555, y Lerdo, 2.874, por lo que fué el Congreso el que tuyo que dirimir el caso,

no habiendo mayoría absoluta, y que, con la abstención de la oposición, apoyó a luárez.

Juárez, en tanto que se desencadenaba 'a oposición en todas formas y Porfirio Díaz ya claramente agitaba la revolución seguido por fuertes elementos, había ido reanudando relaciones con las potencias europeas; a Prim tocó precisamente reanudar las de España en 1871.

Con suerte en general próspera a las armas gubernamentales, se suceden los días; pero era indudable qu llegaban todos los crepúsculos para Juárez; con sus años tan vividos, tan trabajados, tan llenos de luchas de todas clases, con tan poca capacidad para desahogar exteriorizando sus dolores e inquietudes, con tanto hermetismo en su vida y en su expresión, pesaba ya mucho su desgaste. Un día sabe que está herido de muerte, una angina de pecho ie tiene la vida contada, y tras unas pocas horas de angustia extrema, concluye una noche de julio de 1872 (1).

⁽¹⁾ Hemos advertido que nos ocuparíamos de la historia de México en lo necesario para pintar rasgos de Juárez y dar el cuadro de su vida y su obra; pero ni tan siquiera podemos deternos a hablar de su administración. Tomemos al acaso frases de diversos historiadores para dar una idea de su acción, una vez obtenido el triunfo de la República: «No es posible asumir poder más grande que el que Juárez se arrogó del 63 al 67, ni usarlo con más vigor ni con más audacia, con más alteza

JUÁREZ

de miras, ni con éxito más cabal. Fundado en el decreto de 11 de diciembre, que le concedió facultades omnímodas, sin más restricción que encaminarlas a la salvación de la patria, ningún obstáculo encontró en su camino que no fuera allanable: sustituyó al Congreso, no sólo para dictar toda clase de leyes, sino en sus funciones de jurado para deponer al Presudente de la Suprema Corte, y fué más allá, sustituyó no sólo al Congreso, sino al pueblo, prorrogando sus poderes presidenciales por todo el tiempo que fuese menester; pero se atuvo a la ley en la restricción y que era en verdad la única razón de delegación tamaña: Salvó a la patria». (Emilio Rabasa. Obra citada.)

«Al entrar Juárez con el pabellón de la patria inmaculado y gracias a su entereza salvado, la República fué ya la Nación; con excepciones ignoradas, todos asistieron al triunfo, todos comprendieron que estaban ante un hecho definitivamente consumado, que había ya conquistas eternas en nuestra historia, que la República, la Reforma y la Patria, resultaban ya desde aquel instante la misma cosa.»

«Todo el formidable prestigio de Juárez, toda la influencia que daba a Lerdo su talento, que se comparaba en aquel entonces al de Bismarck; todo el respeto que inspiraba Iglesias con su palabra enormemente nutrida de datos y cifras, todo el crédito y la laboriosidad infatigable de Romero y el temor por la acción militar, cada vez más firme, de Mejía, todo se aplicó a disciplinar y gobernar plenamente una mayoría parlamentaria en bien del país agotado y enfermo.»

«Y así, a pesar de los obstáculos y de la sorda resistencia empuesta del retraimiento de los ricos, recelosos y desconfiados, y del resentimiento de grupos conspicuos que habían quedado heridos, y del miedo a la Reforma, que veían encarnada en Juárez juzgándola empresa antirreligiosa y no tan sólo anticlerical, a pesar de todo ello, el gobierno marchó y la República se sintió gobernada; una garantía eficaz para el trabajo, apareció en la firme voluntad del Presidente de hacer respetar su autoridad y de mantener a todo trance el orden.»

«Bajo otro aspecto, Juárez sintió siempre deber de raza y convicción, sacar a la familia indígena de la abyección moral, de la superstición, de la ignorancia, de la decadencia fisiológica y elevarla a un estado mejor.» (Justo Sierra. Obra citada.)

«En la prosperidad todos los hombres somos más o menos aptos; de aquí que una vez que el Benemérito venció con los suyos y empezó a compararse su simple labor administrativa del 67 al 72 con su heroísmo del 58 al 67, todos empezaron a sentirse a su nivel y por todas partes, desde los gloriosos jóvenes Generales, hasta los leguleyos y los ratas de oficina, le salieron opositores, lográndose ya condificultad su última reelección. Los ingratos que pudieron amargar sus últimas horas olvidando que los mexicanos le debíamos todo, los que con alfilerazos inquietaron a aquél al que no conmovió ni el mismo rayo del cielo, se postran hoy de rodillas ante su tumba y parodiando el epitafio de Wáshington, bien puede escribirse en el suyo: «Fué el primero a la hora de los dolores patrios, algunos lo desconocieron cuando ellos cesaron, hoy todos los mexicanos lo declaran el primero entre los que para México nacieron.» (General Bernardo Reyes. En la citada obra «México, su evolución social». El Ejército Nacional, México, 1899. Ballescá.)

Juárez debía morir, era preciso que la historia saldara su cuenta, que la burocracia, la administración y el detalle no rompieran los perfiles augustos del héroe con su lima, pobre, pero acerada; que los errores y las faltas en lo menos no hicieran desmerecer la grandeza del conjunto; que sus adversarios mismos se rindieran a la gratitud que, como mexicanos, le debían; aún se había sobrevivido unos años; mejor para él hubiera sido morir «cayendo el buril al pie de la escultura», cuando acababa de labrar la figura definitiva de una nacionalidad antes de él ambigua; lo mismo que Porfirio Díaz, debió morir al comenzar el siglo xx, cuando había integrado esa nacionalidad dentro de la corriente de vida económica y civil, pues como él mismo nos lo decía ya caído: «Mi delito mayor fué cumplir ochenta años en el poder», Juárez debía morir, él no era el administrador que podía emitir el aforismo de Porfirio Díaz, «poca política y mucha administración»; no, el había sido el político por esencia, el místico del civismo y del laicismo heroico, al que sólo le interesaron los dos capitales problemas de su gesta, la Reforma y la Independencia. Mármoles, bronces y capítulos de historia reclamaban a Juárez.

Y tan entero como vivió, haciéndole todavía un bien a la patria con morir, porque desarmó una revolución Porfirista que se presentaba poderosa y extensa, pasó del mezquino reinado de la vida al magnífico imperio de la inmortalidad. XVI

EL HOMBRE

Juárez era un indio feo, su cara, era de ángulos abiertos; su color, de bronce terroso; su cuerpo, cuadrado y bajo; su pelo, duro y lacio; sólo sus ojos iluminaban con el fuego interno de su espíritu; pero ese mismo fuego no era llama viva, sino constancia y permanencia de brasa.

Era de pocas palabras, y cuando hablaba en público, era rebuscado; cuando escribía, había amaneramiento en su estilo; encogido en el trato social, era solemne, campanudo, hierático y majestuoso cuando ostentaba el poder y ejercía su cargo; era amable en lo privado.

Devoto de las formas, era cortés, atento y cuidadoso de respetarlas siempre, culto en el lenguaje y refinado en las maneras. Fué característico el atuendo que no abandonó nunca en sus funciones y se le llamó «El Presidente del frac y la corbata blanca»; hasta en sus peregrinaciones, cuando la residencia presidencial era su coche de viaje, el que junto con su ropa y útiles de